

verso divino que todos los días escribía este santo sentándose a la cabecera de los caídos, posando sus ojos cariñosos y compasivos en aquellas caras angustiadas, deformes, repugnantes, y hablándoles al alma:

—¡Hermano mío!...



De pesca.

LO QUE CUESTA COGER UNA MERLUZA

Donde yo me he visto, quisiera ver a los grufiones que se pasan la vida diciendo pestes de los periodistas y diputando este asendereado oficio por uno de los más cómodos, divertidos y regalones, para que aprendiesen lo que cuesta pescar, y aquí sí que está bien aplicado el verbo reporteril, una miseria de noticias.

Figúrense ustedes que viendo entrar y salir en La Coruña los barcos pescadores, se me encendieron irresistibles ansias reporteriles de ver cómo se pescan en el mar las merluzas auténticas y que, apenas manifestado el deseo, la amable solicitud de unos cariñosos amigos míos me ofreció la manera de satisfacerlo. Y hasta se brindaron a acompañarme.

Irábamos en un magnífico vapor pesquero, que fué antes yate de recreo; veríamos todo lo que quisiéramos y pescaríamos cuanto hay que pescar. Hasta un submarino alemán, si nos daba la gana.

Zarpamos de noche, como es de ley. El mar estaba en calma. Para cuando se nos antojase teníamos en la cámara una mesa que la gentileza del dueño del vapor surtió abundantemente de exquisitos manjares y delicados vinos. Uno de nuestros compañeros, hombre de mucha gracia, llevaba un inagotable repertorio de chascarrillos que hacían enseñar hasta la última muela al cuidadoso timonel, a cuyo alrededor formamos rancho en el puente. Nos habíamos comprometido solemnemente, antes de levar anclas, a no cantar *Marina...*

¡Ay! De pronto, al abandonar el abrigo de la bahía, el barco dió un cabezazo y entró en un mar fosforescente; las aguas, se encendían a nuestro paso con una luz blanquecina, como en los juegos luminosos del circo; el faro de Hércules comenzó a hacernos burlones guiños, y la proa del vaporcito tan pronto se hundía, se hundía, cual si le corriese prisa descubrir lo que hay debajo de todo, como se elevaba, se elevaba, hasta casi tocar los remotos astros... dando leve consuelo a nuestros intranquilos estómagos. Todos palidecimos y nos miramos inquietos con ojos tristes. El de los chascarrillos se quedó mudo repentinamente. Allá, en lo más profundo de cada uno, comenzó a agitarse no sé qué. Nos invadió la angustia,

El timonel, ignoro si para burlarse o para animarnos, aseguró tranquilo:

—¡Qué bueno está hoy el mar! ¡Vaya, que han tenido ustedes suerte de veras!

No lo matamos porque estábamos muriéndonos.

¡Qué noche! Nunca la olvidaré. Creo que tampoco nunca se me quitarán estos dolores que me produjo el desenfrenado cancan que toda ella estuvo bailando mi estómago. ¡Todo mi estómago! Poco a poco, hechos un guiñapo, desfilamos dando traspies y arqueados hacia la cámara. En la mesa ostentábanse burlonas e insultantes las viandas y los vinos para la juerguecita. No sé quién barrió todo aquello de un furibundo puñetazo.

A la madrugada, cuando quebrantados, molidos, deshechos, nuestros maltratados cuerpos iban a rendirse al cansancio, el patrón de pesca, que, al llegar a «su jurisdicción», se había hecho cargo del barco, lo puso de través al mar... y no quieran ustedes saber. Lo de antes, gloria. A los ceremoniosos cabeceos uniéronse unos vaivenes mazurkescos que acabaron de derrotarnos. No había modo de permanecer inactivos. Nuestros estómagos, faltos de todo lastre, comenzaron a hacerse ilusiones. Señores, ahora digo que es mucha verdad, irresistible verdad, que es muy malo hacerse ilusiones. Para alivio de nuestros males, de rato en rato sonaba un pavoroso golpe seco que nos estremecía.

—¿Hay peligro?—preguntamos temerosos, entre basca y basca.

—¿Qué dí, señor? ¡Dios diante! ¿Peligro de qué, con este barco tan suave y esta mar tan buena?

¡Asesino! ¿A qué mar llamará malo esta gente?

—Pues que se estén quietos esos endemoniados carpinteros—gimió suplicante no sé quién.

—¿Qué va? Aquí no hay carpinteros. Le es la hélice. Cuando se queda al aire suena así.

Subí a cubierta, rendido, destrozado, en demanda de aire fresco, puro y reparador. Amanecía; pero no era hora de retóricas. No se veía tierra. Estábamos, solos, dedicados al desagradable *sport* de escalar y descender sin descanso aquellas altísimas y movibles montañas. Este sí que es «alpinismo». Alternativamente inclinábanse una y otra borda a besar el agua, que, aprovechando la poca altura de aquéllas, invadía atrevida la cubierta, cuando no se nos colaba, confianzuda, por la misma proa.

Otra vez volvió el patrón a admirar la tranquilidad del mar.

—Pocas veces cógesele así.

—Pero, ¿y luego?, ¡rayo!, ¿cómo está los demás días?

—¡Ay, señor, no lo quiera saber! A las veces le vamos mismamente navegando bajo el agua. Una ola nos cubre y otra nos vuelve a cubrir. Cuando les da gana pónense a jugar con nosotros, nos llevan y nos traen. Y, si les parece, nos devoran. Si cuando van ustedes a comprar el «peixe» supieran lo que cuesta pescarlo...

—Pero lo que yo no comprendo — advirtió uno — es que haya quien escoja oficio tan penoso.

—Todos le son lo mismo. Alguno hay que escoger.

—Sí; pero éste... Salir tan confiados al mar, sabiendo el peligro que se corre de morir en él...

—¡Vai boa! ¿Y luego, dónde murió su abuelo? En la cama, ¿no?

—En la cama.

—¿Y su abuela?

—También.

—Y más su padre y su madre, ¿no?

—Así es.

—Pues luego usted, ¿por qué se acuesta todas las noches? ¡Boh! La de ahogado le es una muerte como otra cualquiera, y si me apuran mucho, mejor que las otras. ¡Qué va! Y más fácil de la burlar. El que más y el que menos de los que vamos aquí le ha sido naufrago varias veces, y ya ve, ainda podemos tragar más agua. Lo malo le son los tragos de la tierra.

—¡Qué va!

Había llegado el momento de izar el aparejo. Tres o cuatro horas antes, cuando el patrón de pesca juzgó el lugar propicio, dió orden de calar el aparejo de babor y tomó el mando del barco, que le cedió el piloto.

La red fué poco a poco lanzada al agua. Con ella cayó, levantando un chaparrón, el «peso», una especie de portón, claveteado de hierro y plo-

mo, que mantiene la red en el fondo y va delante de ella barriéndole el camino de obstáculos que pudieran destrozarla. Después fueron largando cable, cable y cable, y así que todo fué largado, el barco navegó a toda máquina como potro desbocado durante tres o cuatro horas, dando aquellos bandazos que nos pusieron a morir y arrastrando cuantos peces encontraba el «arte» a su paso, de donde a este sistema le viene el nombre de pesca de arrastre.

Ahora apenas caminamos. Mientras la máquina va tirando del tenso, resistente e inacabable cable, que se arrolla lentamente en el cabrestante, la tripulación se prepara a la faena almorzando tranquilamente, con el mejor apetito, en la proa. Desde el puente les miramos con ojos tristes y envidiosos. La clásica, apetitosa y enxebre «caldeirada» pescadora, que nos habíamos prometido para luego con «lo que cogiésemos», es ya imposible para nuestros sublevados estómagos. Vaya por Dios.

Unos inesperados ladridos aumentan nuestra nostalgia de la quietud de tierra firme. Es *Romanones*; un vivaracho e inteligente «setter» del patrón, que salta y escandaliza alrededor de los comensales, divertidos en engañarle, y, al cabo, concluye por arrebatar su ración al gato y un pedazo de pan, luego, para acompañarla, al grumete, su amigo.

—¿Por qué le ha puesto *Romanones* al perro, patrón?

—Porque es el can más listo que anda por el mar. No le hay otro como él en ningún barco. Ahora verá.

La máquina lleva cerca de tres cuartos de hora extrayendo cable del mar. La red está ya cerca. El «rillote» recoge de prisa los restos y cacharros del almuerzo, en tanto que los marineros se visten los «sudetes» para no ensuciarse. Sube al fin la red lentamente. Mas ¡oh, desencanto!, sus mallas no traen peces. ¡Se ha perdido el trabajo!

—¡Ay, non señor, non! ¡Arrenegote! La red arrastra y empuja el pescado; pero el que lo atrapa, cuando quiere huir, es el saco que va detrás, en el cual los peces, acorralados, buscan, ciegos, refugio. Dentro de un rato lo verá flotar allá lejos...

Todavía pasan sus buenos cinco minutos. De pronto, *Romanones* late furioso, se lanza al agua y nada desesperadamente hacia una especie de balsa que emerge a no sé cuántas brazas del barco. Es el «saco», en donde se aprieta y debate una cantidad incalculable de pescado, cuya vista regocija a la tripulación del vapor.

—¡Boa calada, corcio! — gritan alegremente a bordo.

—Mismo es buena de veras. Trouxeronnos a boa os señores — contesta el patrón frotándose las manos satisfecho.

Entretanto, *Romanones* ha ganado la balsa y sobre ella ladra alegremente. Es un gallo lanzando su triunfador kikiriki. De vez en vez una merluza consigue a costa de inauditos esfuerzos romper las mallas que la aprietan y trata de recuperar de un inverosímil salto su bien amada libertad; pero *Romanones* está allí, salta a su vez tras ella y, aun más rápido y certero que las gaviotas que giran raudas sobre nosotros, caza en el aire a la fugitiva, se zambulle en el agua y aparece en seguida con su presa en la boca, que deposita sobre la bolsa, donde permanece alerta, juguetón y ladrador, animado por los del barco, que le gritan mientras van plegando la red y tirando del saco:

—¡Cuidado, *Romanones!*

—¡Colle esa qu'escapa!

—Non se le va ninguna. Como al otro—exclama, guiñando un ojo socarronamente el patrón—. Ya se lo dije. Es el can mais listo de España.

Ya está aquí el saco. Todos se precipitan a la borda; mas antes de izar la pesca se deja caer la bolsa repetidas veces en el agua para limpiar aquélla de fango. El mar queda cubierto de «cruquetas rosadas».

—Le son los bofes, que echa el pescado al «ahogarse»—explica un marinero.

Al abrirse el saco, una cascada de peces todavía vivitos y coleando, cae en un enorme cajón que hay sobre cubierta. Es una redada espléndida que compensa el anticipado regreso, que por

nuestras malas condiciones marineras vese obligado a hacer el barco sin repelir la calada durante la noche. Hay más de medio millar de merluzas y una considerable cantidad de pescadilla, besugo y cigalas. Y todavía los marineros desdeñan muchos peces, que tiran despreciativamente al agua.

—Sonlle bertorellas. Peixes malos. Los otros les chupan la sangre y los dejan fofos. No saben a nada.

Dos mangas de riego arrojan torrentes de agua sobre la pesca para concluir de limpiarla. *Romanones*, que se acercó al barco, así que izaron el saco, para que lo pescasen con una cuerda, corre alborotadamente sobre cubierta para secarse. Todos estamos alegres. Hasta nosotros.

Es que hacemos proa a tierra. Una bandada de golfines nada a nuestro lado, en competencia con el ligero barco. El piloto manda dar toda la máquina, y ellos, para burlarse de nuestra pesadez, con una velocidad inverosímil, dan varias vueltas a nuestro alrededor. Los marineros, mientras ponen la pesca en el hielo, bromean y ríen. Dios me perdone; pero juraría que se están burlando de nosotros.

Y así debe de ser, porque cuando, mediada la tarde, entramos, ¡al fin!, en el puerto y les preguntan desde los otros vaporcitos pesqueros: «¿Qué traéis?», los muy guasones responden con sorna:

—Unos náufragos.

¡Ay, lectorciño quirido, si supieras, ¡coitado de mí!, lo que me ha costado pescar esa merluza que saboreaste hoy glotonamente!

Y todavía se queja tu hacendosa mujer de que el pescado es caro.

¡Arrenegote, demo!



“Don Franciseo”

EL HOMBRE MÁS PEQUEÑO DEL MUNDO

«Señoras y caballeros que por la calle pasáis»: tengo el gusto de presentar a ustedes a mi perñito amigo Paquito o «Don Francisco», que acaba de llegar a esta heroica villa dispuesto a borrar las glorias de sus ilustres precursores «El Niño de Vallecas», «Don Sebastián de Morra», «El Primo» y «Don Antonio el Inglés», ante quienes os habéis descubierto cien veces en el Museo del Prado.

Junto a nuestro «Don Francisco» los precitados enanos del Rey Nuestro Señor Don Felipe IV, que Dios haya, el amigo Canopas y su distinguida esposa Doña Andrómeda de Tal y Cual, que tanto divertían a la virtuosa Julia, y hasta el mismo Cornelio de Lituania, enano de la Sacra e Imperial Majestad de Don Carlos V, eran unos gigantones más corpulentos que la famosa Coca de Santiago de Compostela.

«Don Francisco» es un hombre cabal, que tiene

veinte años de edad, con más los meses y los días que van del 8 de Octubre a acá, en que los cumplió, mide setenta centímetros de estatura y pesa nueve kilogramos y doscientos gramos.

—Y un cañamón—según él asegura.

«Don Francisco» es de casa, español.

Muy español, zamorano; paisano de Requejo.

Y casi casi, por consiguiente, de Romanones.

Los apellidos de «Don Francisco» no dejan lugar a duda sobre su nacionalidad. Se llama Fernández, y después de Fernández, Pérez.

Según el testimonio de hombre tan perito en estas quisicosas del reino de lo extraordinario como nuestro amigo el señor Leonard, «Don Francisco» es el hombre más pequeño del mundo.

«Don Francisco» es hijo de unos honrados labradores cuyo desarrollo y robustez contrasta enormemente con la exigüidad de nuestro minúsculo hombrecito.

—¿Tiene usted más hermanos, mi respetable «Don Francisco»?

—Tengo dos, varón y hembra; pero se fastidian, porque son grandes y no los besan las mujeres.

«Don Francisco» es feliz con su estado mínimo. Según parece, esto de no parecerse a los demás hombres tiene muchas ventajas, y hasta da cierta envidiable superioridad con el sexo bello.

Yo me encontré a «Paquito» hace dos noches en la Redondilla del teatro Real, cuando más ani-

mado estaba aquello. Presentarse allí «Don Francisco» y quedarse completamente solos, abandonados y tristes los Don Juanes de pelo blanco disfrazado, los Mejías de bisoñé y los pollos de cabellera nueva, todo fué uno.

Las heroínas de *Orfeo* rodearon curiosas y alborotadoras, a Paquito.

—¡Ay qué mono!

—¿Has visto qué rico?

—¿Pero es un hombre de veras?

«Don Francisco», que recibía con cierta cortés indiferencia, como hombre acostumbrado, el homenaje del sexo caprichoso, tuvo una mirada terrible para la desconfiada, y para concluir de «épartar» al cuerpo coreográfico, pidió un pañuelo de bolsillo y un lápiz, para hacer una muleta, y se puso a imitar con mucha gracia a los principales astros de la torería. Hasta el propio Cupido, que andaba por allí armado de todas armas, para resucitar a Eurídice en el cuarto acto, perdió el carcaj con todas sus municiones.

—¡Qué bel-lo!

—¡Qué monada!

—¿Mi dona un baccio, bambino, rico?—pidió entusiasmada, a «Don Francisco», una corista de la «vía» de Embajadores.

«Don Francisco», magnánimo, se dejó alzar y besó, galante, la linda cara que se le ofrecía.

—¡Uy, cómo besa!—dijo la damita, confusa, dejando en el suelo a nuestro amigo.

—¡Como que tiene veinte años!—le explicó una compañera.

—¡Ya podíais haber avisado! Yo creí que era un niño.

—Servidor de usted —contestó «Don Paco», saludando finamente.

Pero a «Don Francisco» no le envanecen tales triunfos, por los que daría la mitad de su estatura el más juncal de nuestros buenos mozos en circulación. «Don Francisco» tiene un pobre concepto de las mujeres. Se deja querer de todas y «no distingue a ninguna», que es el medio más seguro de evitarse quebraderos de cabeza.

Hay muchas lagartonas en el mundo.

Tampoco la política ilusiona a «Don Francisco». Desde su insignificancia mide con el mismo rasero de indiferencia a todos los políticos, de Sánchez Guerra a San Pedro, que son los dos polos, sin Peyrolón, de la política, pasando por Pepito Sabater, que es el Ecuador.

—Mi papá es de Requejo.

—¿Y tú?

—Yo no me fío ni de Brocas.

—Entonces, ¿qué es lo que a ti te gusta?

—Los toros, y los chorizos de Salamanca. Más los chorizos.

«Don Francisco», que ha ido poco a poco creciendo a nuestros ojos, se eleva ahora hasta agarrarse a uno de los cuernos de la Luna, como su ídolo el «Gallo» los días que está de quiero.

—Yo he aprendido a leer y a escribir en la escuela de mi pueblo; pero en mi pueblo me han dicho que la letra da también muchos disgustos, y no leo mas que los letreros de las tiendas. ¿Pa qué más?

Y tiene razón. Todos los esfuerzos, toda la ciencia, toda la literatura, todo el arte se condensan en esos carteles que nos gobiernan y nos tiranizan: «modista, sastre, garbanzos de Fuentesauco»... Toda la vida.

«Don Francisco» es un sabio, y algo mejor que un sabio, un hombre feliz.

La superioridad, forma de vanidad que todos buscan, la ha logrado él sin esfuerzo, por los dolores de su madre. Poned junto a «Don Francisco» a los hombres más elevados, y habrá un momento en que en la atención general sobresaldrá la estatura del enanillo zamorano por cima de los más altos. Los mejores mozos no lograrán fijar la caprichosa curiosidad que las mujeres disfrazan con el nombre de amor durante tanto tiempo como «Don Francisco».

Mas «Don Francisco», desentendiéndose de quimeras, se atiene a sus juegos infantiles, sus toros, sus letreros y sus chorizos.

¡Séneca!



La capa de Sorolla y la montera de Huntington

CUÁNDO PINTARÁ EL MAESTRO

Despidiéndose hasta mañana de la luz, su esclava, que va muriendo poco a poco en la inefable dulzura de un crepúsculo gallego; frente al mar, su amigo y colaborador en tantos famosos cuadros que han tremolado gloriosamente por todo el mundo la bandera artística de España, encuentro en Villagarcía al pintor Sorolla.

—¿Qué hace aquí Sorolla?—le he preguntado al primer amigo con quien tropecé al apearme del tren.

—Pinta... Pero nadie sabe qué. Debe de ser obra de gran empeño, porque algunos días Sorolla está de un humor del demonio. Ha instalado su estudio en el pintoresco castillo de Vista Alegre, y no permite que nadie entre en el taller, y menos que vean lo que pinta. Ni ruegos, ni recomendaciones, ni invocación de antiguas amista-

des, ni tentadores halagos de publicidad, nada le vence. Ha cerrado a todo el mundo la puerta de su estudio; no dice a nadie lo que está haciendo y «ni tan siquiera» consiente que le hablen de ello en sus ratos de buen humor, que también los tiene.

Alternativas de mal humor y de alegría; secretos... No hablemos más. Obra grande tenemos. Veamos:

—¿Qué está usted pintando, maestro?—le pregunta a boca de jarro el *reporter* apenas le ha presentado nuestro ilustre compañero el director de *El Imparcial*, Sr. López Ballesteros, que veranea en la Golpelleira, a media «carreiriña» de un can de Villagarcía. —¿Qué está usted pintando, maestro?

—Vacas—responde alegremente el egregio artista—. Vacas. No hago más que «vaquiñas».

Hay una Providencia bondadosa protectora de reporteros. El maestro acaba de llegar del taller; todavía viste la ropa de faena, y, rodeado de su familia y de algunos amigos, descansa a la puerta de la fonda, cara al mar, oreando los pulmones y el alma con la delicia de esta brisa suave y acariciadora, hija del largo beso con que el sol dice adiós, pesaroso, a las cambiantes aguas de la ría de ensueño. El maestro está de buen humor. El maestro está en vena de charlar. ¡Lo qué él habrá pintado hoy! El maestro declara bondadosamente al *reporter* que está empeñado en la obra de su vida.

Sorolla— todos los españoles nombramos así al maestro, sin fórmulas etiqueteras, con la grata y afectuosa familiaridad de las personas que nos son íntimamente queridas—, Sorolla está trabajando en el importantísimo encargo que ha recibido de la Hispanic Society of America. Ningún español, por poco interés que le inspiren las cosas de su patria, ignora lo que es este grandioso monumento a España que ha levantado en Nueva York el españolismo del españolísimo Mr. Huntington.

Seis millones de dólares ha empleado Mr. Huntington en dar con ese suntuoso palacio, expresión material y duradera a sus nobilísimos y exaltados sentimientos de amor a España. Ciento sesenta y seis mil volúmenes españoles hablan en la biblioteca de la Hispanic Society of America de las grandezas de España. Mister Huntington hace cuidadas ediciones de los libros clásicos castellanos ya agotados, y los regala a las bibliotecas del mundo entero. Mister Huntington no ha sido honrado todavía con ningún título español...

Ahora, Mr. Huntington ha mandado hacer, en la neoyorquina Casa de España, un grandioso salón de juntas, el «Salón de los ciento»—los cien miembros de la Hispanic Society of America—: Su Majestad el Rey, presidente, Mr. Huntington, Galdós, Cajal, Sorolla, Benavente, Echegaray, Cossío, la Pardo Bazán, Blasco Ibáñez, Benlliure, el marqués de la Vega Inclán y otros españoles

ilustres y los más distinguidos hispanófilos del mundo entero.

El suelo del «Salón de los ciento» estará pisado con ricos mármoles españoles; de maderas españolas y talleres españoles serán los suntuosos muebles, y en las paredes dará una completa y exacta visión de España el pincel «meigo» de Sorolla, a quien Mr. Huntington ha confiado este encargo, que, al pensar de la gente que de él tiene noticia, será pagado en su justo valor con una millonada.

—¿Lleva usted a gusto su trabajo, maestro?

—Hombre, yo estoy contrariado, porque quiero hacer una capa... y sólo me han dado tela para una montera. Figúrese usted: setenta metros de lienzo. ¡Meta usted en setenta metros Iberia entera!, porque Portugal entra también. ¿Usted concibe que se pueda pintar Castilla, «¡Castilla!» en un *panneau* de catorce metros? ¿Y Galicia en otro de tres? Pues así ha tenido que ser y así me ha ocurrido con las demás regiones.

—¿Cuáles ha hecho usted ya?

—Castilla, en un mismo cuadro con León y «Salamanca»; Navarra, las Vascongadas, Aragón y Andalucía.

—¿Dónde y cuándo ha pintado usted cada cuadro? ¿Cuál le satisface más? ¿Cuál es el espíritu de la obra? ¿De qué modo representa usted cada región? ¿Cómo...?

—Espacio, espacio, amigo mío, que usted

está por preguntar mucho y yo por no decir nada. De lo que yo pretendo que sea esta obra no he de hablar hasta el final, o mejor dicho, hablará ella por mí... Lo único que puedo decirle, en cuanto a la materialidad de la ejecución, es que antes de ponerme a pintar cada lienzo he procurado ver bien la región que iba a representar, recorriéndola detenidamente y haciendo centenares de estudios, si bien luego he renunciado a este sistema de los apuntes, que no se aviene con mi temperamento, gustoso de tener siempre el natural delante. Sólo después de «haber visto» bien, me he puesto a sintetizar en el lienzo.

—¿Dónde ha pintado usted cada cuadro?

—Castilla, en la Cuesta de las Perdices; Navarra, en el Valle del Roncal; las Vascongadas, en San Sebastián; Andalucía, en Sevilla; Aragón, en Jaca, y en Villagarcía, Galicia.

—¿Mezcla usted con éste, algunos otros trabajos?

—No, señor. Al principio he picado algo en otras cosas, aunque poco; pero luego lo he dejado todo para dedicarme exclusivamente a ésta, que es la obra de mi vida.

—¿Cuánto tiempo lleva usted trabajando en ella?

—Cinco años.

—¿Y la concluirá usted...?

—Dentro de dos. En cuanto termine Galicia, a fines de este mes, iré a Portugal; luego a Extrema-

dura, y, por último, a Valencia. Ya lo sabe usted todo.

—Todo no, maestro: un poquito.

—Créame que no puedo ni debo decirle más. Le aseguro que no es *posse* el secreto que quiero guardar. Esta obra es de un empeño muy grande, y hasta que la termine, hasta que la vea toda en conjunto y coteje unos lienzos con otros, yo mismo no puedo saber de ella. ¿Pueden ustedes los escritores juzgar por uno o dos capítulos que lleven hechos el libro que están escribiendo? Lo mismo me ocurre a mí. Además, ¿y si me he equivocado?

—¡Maestro!

—¡Maestro, maestro!... No sé, no sé... Yo he querido fijar conforme a la verdad, claramente, sin simbolismos ni literaturas, la psicología de cada región; quiero dar, siempre dentro de mi escuela verista, una representación de España; pero no buscando ninguna filosofía, sino lo pintoresco de cada región. Lo que sí quiero que conste desde ahora, aunque no creo que tratándose de mí sea necesario decirlo, es que estoy muy lejos de la españolada.

—¿Qué es lo que más le ha interesado de cuanto ha visto ahora en España?

—Todo. Todo me interesa igualmente. España es el país menos conocido, mucho menos estudiado y más maltratado del mundo. Ahora que la he visto bien es cuando he podido dolerme del

desdén con que la tratan todos, sin excluirnos los de casa. Vea usted nuestro caso: a los pintores se nos envía a estudiar al Extranjero, y nadie se cuida de que estudiemos el inmenso tesoro que en todos los órdenes tenemos en casa. Yo de mí sé decirle a usted que ahora, gracias a esta obra, he aprendido mucho, mucho; muchas cosas que ni aun sospechaba. Y eso que es un dolor, una pena muy grande que se vaya perdiendo en España, que se esté concluyendo de perder lo pintoresco. Ustedes los escritores debieran escribir mucho para convencer a la gente de que lo bello es lo que rechazan, y no esta uniforme y fea manera de ser, de vivir y de vestir que a todos iguala. Ahora que van a desaparecer tantas cosas del mundo y que, gracias a Dios, en España nos vamos salvando de que nos arrastre la catástrofe, parece como que se estima más la propia personalidad y tienen mayor valor sus características. Yo he procurado recoger en estos lienzos lo poco pintoresco que nos va quedando; pero ¡si viera usted cuánto trabajo me ha costado encontrarlo! Si hasta parece que el espíritu español se borra también para confundirse en ese maldito color único que ahora se lleva para todo. Hay ciudades, hay provincias en que ya no se encuentra nada. En Burgos y en Valladolid, por ejemplo. En cambio, en Soria, hay mucho, y en Salamanca también.

—¿Qué región le ha emocionado a usted más?

—Sin hacer literatura, porque yo jamás hago

literatura pintando, Castilla, siempre Castilla. Castilla, no mirando, a mi espíritu de pintor, sino a esta obra. Hay en Castilla una honda, una conmovedora melancolía. Las cosas adquieren allí un vigor extraordinario. Una figura en pie en aquella gran planicie adquiere las proporciones de un coloso... Al contrario en Galicia. Aquí las figuras se pierden; el paisaje se lo traga todo. Y el paisaje es ahora para mí lo secundario; lo importante son las personas. ¡Y si viera usted qué difícil es encontrarlas!

—¿También para pintar?

—También para pintar. Para todo, amigo mío.

—¿Qué impresión le ha producido a usted Galicia?

—Gratisima. Mas, para mi cuenta, le ocurre lo mismo que a Valencia: el paisaje es más, lo es todo, aunque en Valencia hay más vigor de color. Aquí, en cambio, hay más blandura. Dice Costa que el habla gallega es un castellano sin hueso. Pues al color le pasa lo mismo: es una cosa acariciadora, blanda. Creo que es Galicia el país más difícil para pintar por la variedad, la facilidad con que todo cambia. Se me hace esto muy italiano. He visto los pintorescos mercados de Santiago, y me parecía que aquellos tipos del interior, aquellas mujeres con aquellos pañuelos a la cabeza me iban a hablar en italiano. Es impresión visual. Hay en Galicia mucho de griego e italiano. La vida aquí no puede ser más grie-

ga. Todo es fácil. No hace frío, no hace calor, sino esta temperatura blanda, voluptuosa. Todo tiene color y sabor clásico. Vea usted la nota clásica que dan los emparrados con sus pilas de piedra. Y todo destaca en el mar. Todo es ostentoso. Todo es soberanamente bello...

El maestro se queda un rato pensativo, perdidos los ojos en la lejanía. Luego nos señala el fondo acero del mar y una blanca figura femenina que destaca en su orilla en la vaguedad de la luz misteriosa del anochecer, concentrando en ella toda la que queda.

—Vea usted, vea usted ese contraste—nos dice señalando el cuadro. Y luego, contrariado y acaso imbuido por la melancolía de la hora, añade: —Mi gran pena es que yo no puedo hacer todo lo que quisiera, lo que debiera hacer en esta obra... Acaso no debiera de ser trabajo de un hombre solo, sino de muchos. ¡Y luego, el tamaño! ¡Señor, si me dan tela para una montera y yo necesito una capa!... ¡Una interpretación de Galicia en tres metros por tres cincuenta! ¡Castilla en catorce! Le digo a usted...

—Veo, maestro; que lo que más le preocupa a usted de su obra es Castilla y Galicia.

—Me preocupa todo. Todo me gusta. Aquí, como en todas partes, he recibido gratísimas impresiones de belleza. ¿No es maravilla Castilla? Pues figúrese usted Galicia. Yo estoy encantado. Por cima de todo interés material, yo bendigo

a mister Huntington, que me ha hecho el favor de darme este encargo, porque gracias a él he aprendido mucho, mucho. Yo creo que, si Dios me da vida y ayuda y tengo la suerte de acabar esta labor, si puedo verla toda y puedo seguir pintando, será cuando Sorolla empezará a pintar.

Deriva la conversación hacia otros temas: se habla en términos generales de arte. El maestro se digna dar consejos a este humilde aprendiz, que le oye embelesado, y agradecido. Luego, Sorolla, el fervoroso, convencido, dice su credo artístico, el credo único: Creo en la verdad.

—No hay más verdad que la verdad. Todas las equivocaciones que han padecido los grandes artistas obedecen a que se han separado de la verdad, creyendo que su imaginación puede más que ella. Todo lo tendencioso es de momento. Lo eterno es lo humano. Vea usted, para no hablar de otros, el caso de mi paisano Blasco Ibáñez: es grande cuando escribe en mangas de camisa, en la huerta, *La barraca, Flor de Mayo, Arroz y tartana, Cañas y barro*. El natural, el natural, no hay más que el natural. Con el natural delante se hace todo y todo bien.

—Maestro - le imploramos al despedirnos—. Déjenos ver el cuadro.

—Perdóneme usted. No puede ser. No lo ha visto nadie. No los verá nadie hasta que estén todos. Entonces vendrán ustedes, los amigos, a verlos a mi taller. Yo le avisaré a usted.

—Dígame, al menos, algo acerca de él. Qué figuras tiene, qué fondo, qué pensamiento...

—Conténtese con lo que sabe y no pretenda averiguar más.

Perdone usted, maestro; lo pretendí y lo averigüé. Por eso le pregunté a usted por sus modelos, y para eso busqué a Neliña. Y Neliña, a su modo, con su encantadora ingenuidad, abriendo mucho los ojos admirados, y descuidando a la vaquiña, que aprovecha la distracción de su ama para cambiar la seca yerba del cómaro por los opulentos maizales de la leira vecina, toda asombrada, alzando las manos con ademanes ponderativos, me pinta el cuadro:

—¡Unhas cousas, señor! ¡Unhas cousas!... ¡Es mismo o demo aquel home!

POSTALES PORTUGUESAS